



ABC

DE PRONTO, TODAS LAS COSAS...

(CUENTO)

Por Asensio SAEZ

DE pronto, todas las cosas le parecieron usadas y viejas: los autos, los escaparates, los anuncios de neón apagados al sol, que recordaban el esqueleto de un castillo de fuegos artificiales; aquel parque manchado de saliva de ancianos que se abrigan en verano y leían un periódico atrasado... Le pesaban los zapatos y caminando recibía Adela la sensación de andar por dentro de una pesadilla, por una de esas sendas imprecisas, espesas, de los sue-

ños. Tomó el "metro". Se sintió un poco confortada bajo el techo de tierras duras y cálidas, como la bóveda de una gran catedral. Llegó entonces a creerse aislada de muchas cosas. Pero tuvo que retornar al sol, al viento, a los colores libres de la mañana, y ante un grupo de estudiantes que bebían cerveza en la terraza de un bar se preguntó si aquella sensación suya de desasimiento, de despego por todo, de hallarlo todo como empolvado y envuelto en una

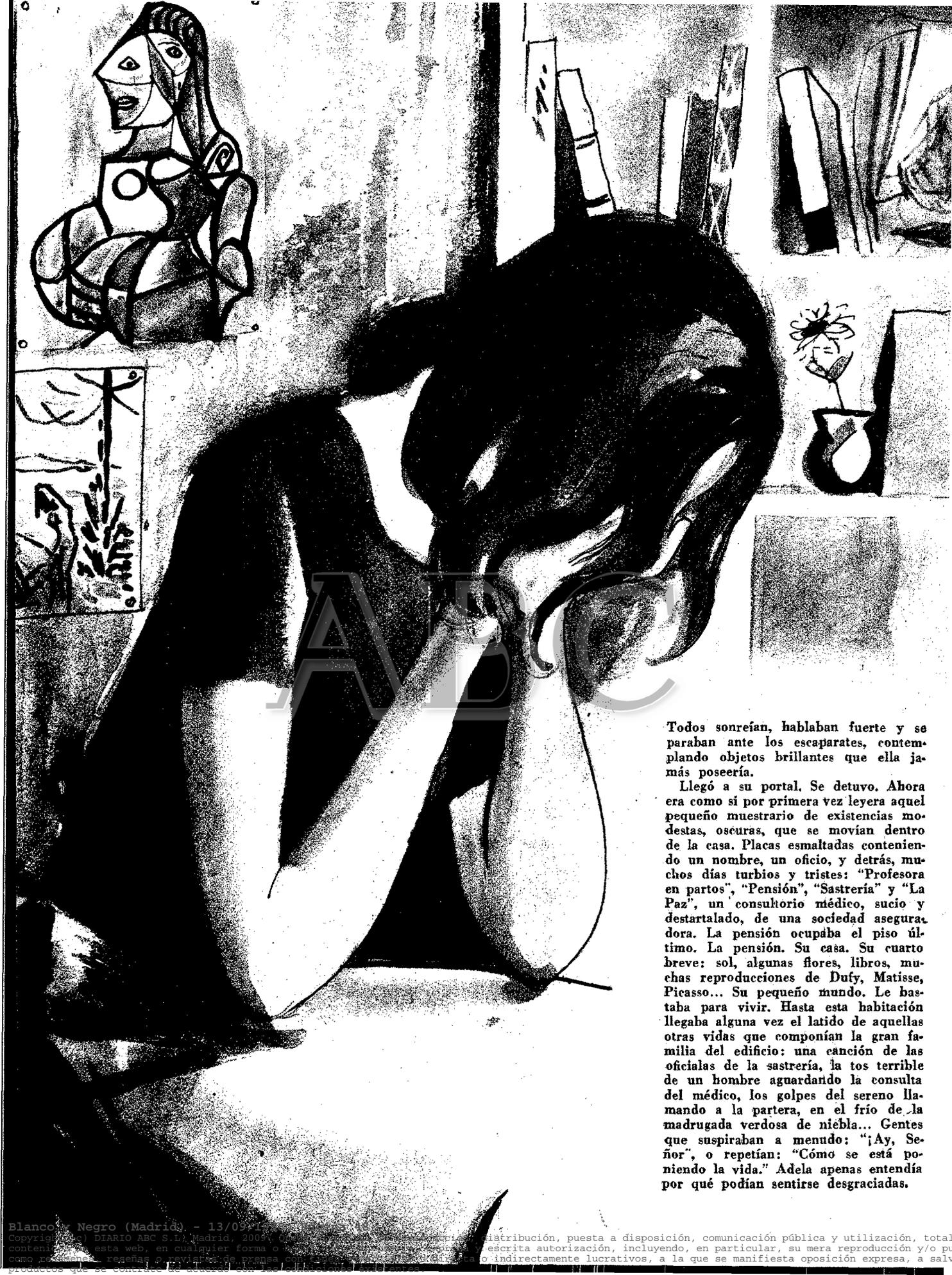
corteza de vejez, no arrancaría de su misma desgana. En realidad, debía ser ella la desabrida y gastada y no las calles, no aquellos seres potentes, seguros como animales sanos, que sabían sonreír.

Le quemaba aún en la sangre la revelación del médico: "Esto puede ser grave. Un reposo absoluto." Desde ahora siempre habrían de taladrarle dolorosamente los oídos estas palabras tan sencillas. El médico le había sonreído.

ILUSTRACIONES DE SERNY

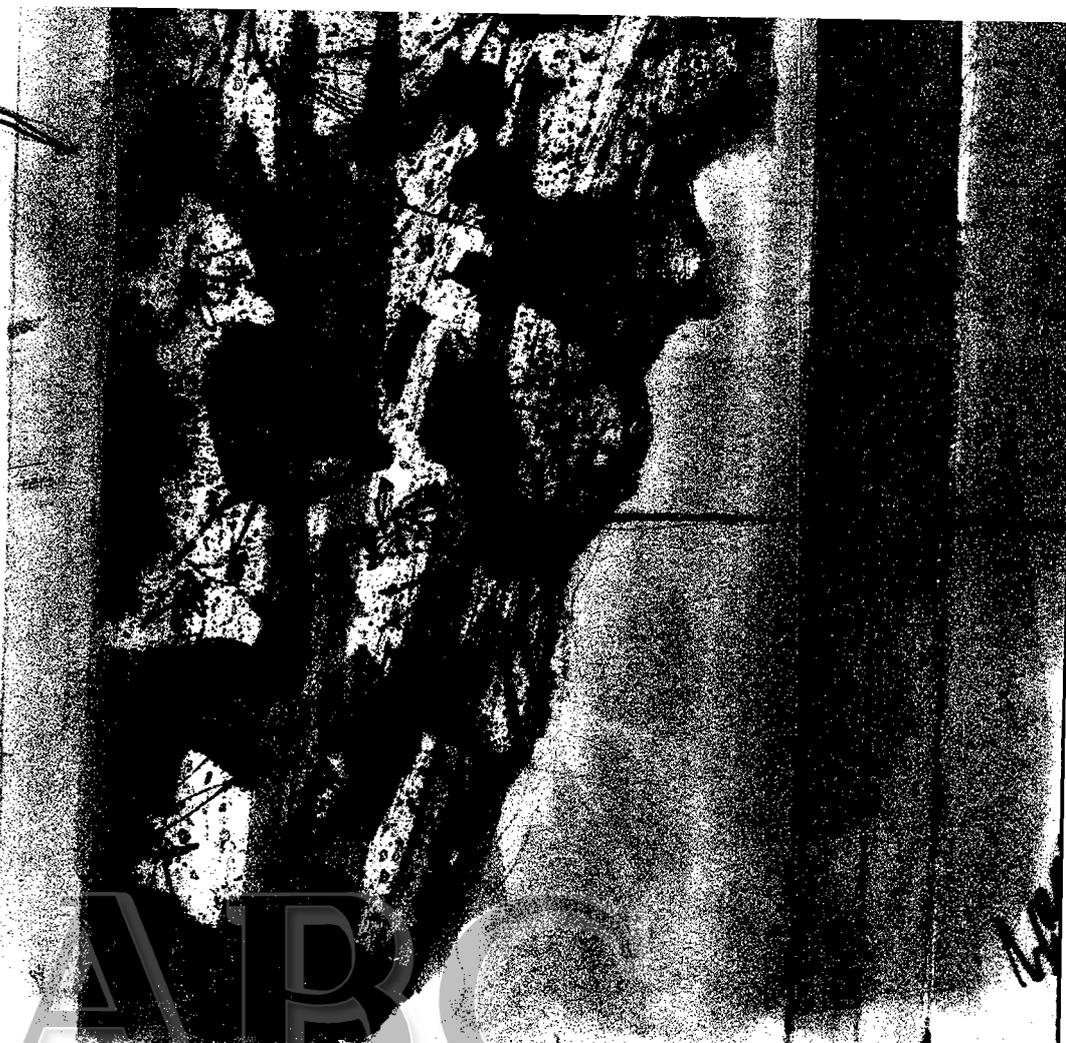
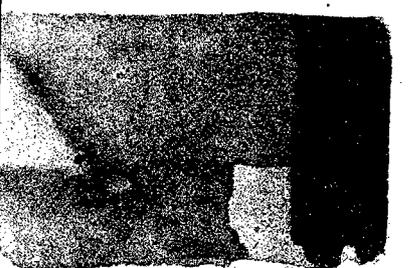


ABC



Todos sonreían, hablaban fuerte y se paraban ante los escaparates, contemplando objetos brillantes que ella jamás poseería.

Llegó a su portal. Se detuvo. Ahora era como si por primera vez leyera aquel pequeño muestrario de existencias modestas, oscuras, que se movían dentro de la casa. Placas esmaltadas conteniendo un nombre, un oficio, y detrás, muchos días turbios y tristes: "Profesora en partos", "Pensión", "Sastrería" y "La Paz", un consultorio médico, sucio y destartado, de una sociedad aseguradora. La pensión ocupaba el piso último. La pensión. Su casa. Su cuarto breve: sol, algunas flores, libros, muchas reproducciones de Dufy, Matisse, Picasso... Su pequeño mundo. Le bastaba para vivir. Hasta esta habitación llegaba alguna vez el latido de aquellas otras vidas que componían la gran familia del edificio: una canción de las oficiales de la sastrería, la tos terrible de un hombre aguardando la consulta del médico, los golpes del sereno llamando a la partera, en el frío de la madrugada verdosa de niebla... Gentes que suspiraban a menudo: "¡Ay, Señor", o repetían: "Cómo se está poniendo la vida." Adela apenas entendía por qué podían sentirse desgraciadas.



ABC

Ahora todo cambia de golpe. Comenzó a subir las escaleras. Todavía en el primer descanso oyó entrar a alguien en el portal. Era Margarita. Adela quiso evitar su conversación y aligeró el paso. Aun así fué alcanzada por su compañera de pensión antes de que doña Juanita, con sus aires de señora venida a menos y secándose las manos con su delantal de rayas, le abriese la puerta del piso. Margarita le volcó su cháchara sobre cine. Aquella tarde había buena película. Al enterarse de su desgracia intentó consolar a Adela, pero sin proponérselo acabó hablando del último "cinemascope" de Rock Hudson. Margarita era auxiliar de Geografía. Gruesa, cargada de dijes, pulseras y años. Gustaba vestir a la moda. Iba teñida de rubio y su debilidad, su única flaqueza de cincuenta bien conservada, aparte de la línea hache, era el cine. Oh, sobre todo aquellas películas en que aparecían Gary Cooper y Cary Grant. Los de su quinta, que decía don Rafael, miope y telegrafista, también compañero de pensión.

—Ay, hija, es lo que yo digo. No decía nada Margarita. En el fondo nunca decía nada. Quizá se refiriese a la decadencia de Víctor Mature o su propia soltería, que ya presentía irre-

mediable a pesar de la línea saco. Apenas tenía a nadie. Sólo unos primos en la provincia de Segovia. Con ellos pasaba las navidades.

—Es lo que yo digo. Adela entró en su cuarto. ¡Cuántos proyectos metidos entre esas paredes! Todo ya roto, perdido. Un golpe de sol caía sobre un dibujo hecho con tinta china por ella misma. Sobre una mesita se ordenaban unos apuntes tomados el día antes en la Universidad. Lloró. Lloró mucho. Luego llamaron a la puerta. Entraron Carlos y Félix.

—Te esperamos para el almuerzo. No te hemos visto en clase.

No había asistido a clase, sino a una clínica. Le aterraba aquella fiebre de todas las tardes, los golpes de aquella tos seca mordiéndole como un animal pequeño en la mitad del pecho. Ahora tendría que cuidarse. Guardar reposo. Unos meses, un año, años tal vez. Perdería la beca de la Universidad, ganada a costa de paciencia, de recomendaciones y de pólizas. Hoy mismo haría el equipaje. O acaso después. Debía preparar a los padres. Otra vez al pueblo. La misa de once de los domingos, el paseo de la Alameda y las viejas películas de la temporada anterior. Y las no-

ches, las noches sin sueño, largas, interminables, con el frío, la lluvia, la muerte quizá llamando a los cristales de su alcoba. Todo ya tan cerca. Qué distante, en cambio, quedaban las aulas soleadas, limpias, de la Universidad, los textos abiertos, las palabras potentes y violentas de los muchachos, las tardes de los domingos, del brazo de Carlos. Iban a un café y luego a un cine. Al regreso se detenían en cualquier bar para que Carlos tomase los resultados del fútbol. Subían la escalera de la pensión cantando. Ella siempre subía la escalera cantando. Carlos también; era muy popular entre las chicas. En él todo se hacía noble y sano. Era optimista, nervioso y desprendido. Algunas mañanas, ya en el "metro", Adela le descubriría en las orejas un poco de jabón del afeitado. Todo lo hacía Carlos con prisa. Félix era más reflexivo, más abocado hacia su propia sangre. Tenía unos ojos claros, pequeños. Al mirarlos recibía Adela como una suave descarga eléctrica y mágica. Eran los ojos sin fondo, un poco atormentados, del artista. Félix compartía los estudios con unos lienzos poderosos y extraños, pintados en su cuarto de la pensión. Alguna vez había expuesto, la verdad era que no con de-



masiado éxito. Adela recordaba la tarde en que, mostrándole Félix unos apuntes que iba sacando de una carpeta de plástico, cayeron al suelo unos dibujos a lápiz. Más que descubrir presintió Adela distintas facetas de un rostro femenino, joven, de una belleza tirante y fresca, y a la vez muy cansada. Quiso admirar esos dibujos y Félix se enfureció, arrebatándoselos. Fué la única vez que le oyó gritar. Adela hubiese preferido la amistosa intimidad de Félix a la de Carlos.

Durante el almuerzo no se habló de la partida de Adela. Hubiese sido demasiado cruel. Todos sentían en realidad lo que de amargo y sinrazón había en la situación de aquella muchacha, en el brusco zarpazo de su destino. Pero había momentos en que la conversación decaía alarmantemente. Entonces se sabía que, aunque las palabras dijese "futbol, buen tiempo, cine", detrás de ellas estaba el equipaje de Adela a medio hacer. Intentaba salvar la situación doña Juanita, aun a costa de su propia economía. Compartía la mesa con sus huéspedes. Ella era un poco la madre de todos. Siempre odió los huéspedes no estables. Desde su oronda e intachable vindex deseaba que todos sus pupilos fuesen como una familia bien avenida. "Póngase más croquetas, Carlos, son de ave." Luego Margarita habló de



su próximo viaje a la provincia de Segovia cuando llegasen las vacaciones. Era un delicioso paréntesis abierto en la monotonía del año. Algunos domingos daban una vueltecita por la capital, y les gustaba pasar por debajo del acueducto.

—Es lo que yo digo.

Don Rafael opinó que el turismo abre ventanas al espíritu. Siempre que podía encajaba una de estas frases dictadas por su verbo pulido y exaltado. Poseía vocación y retórica de conferenciante. De conferenciante fracasado que se quedó en telegrafista. En su mesita de noche, desde un lujoso portarretratos, sonreía permanentemente una chica algo mayor con un peinado pasado de moda. Era Teresita, la novia por casar que don Rafael se dejó en Cáceres. De esto hacía tanto tiempo que hasta se le podía perdonar a Teresita el pecado de su boda con un almacenista de vinos de Plasencia.

—¡Ay, cuando yo estuve en Granada con mi pobre José!—dijo doña Juanita llevándose a la boca un gajo de uva tinta—. ¿Saben ustedes? La Alhambra es preciosa. Nos fotografiamos disfrazados de árabes. Mi marido, que era del Patronato del Sagrado Corazón, no consentía retratarse vestido de infiel. Entre el fotógrafo y yo le convencimos.



ABC



ABC

¡Ay, el fotógrafo sí que tenía ojos de moro!

El tema de turismo avivó un tanto ánimos y lenguas, y Margarita hizo una primorosa descripción de monumentos, pinacotecas y reliquias históricas que conoció en viajes costeados por el Instituto de Enseñanza Media. Félix permanecía callado. Quizá pensara en sus cuadros o en aquella muchacha de belleza cansada de sus apuntes. Carlos dijo que no cambiaba una chica bonita por todos los museos y antiguallas mencionados por Margarita.

Carlos y Félix trajeron un taxi y bajaron el equipaje. La acompañaron a la estación.

Cuando el tren se puso en marcha aún permanecían Carlos y Félix en el andén, diciéndole adiós, un adiós que Adela sospechaba definitivo, desesperanzador. Sintió entonces cómo se le abría una puerta por dentro de la sangre, una de esas puertas de las casas abandonadas por las que de pronto penetra un golpe de lluvia fría. Comprendía que por esa puerta se le escapaba lo mejor de su existencia.

No quiso subir el cristal de la ventanilla. El tren ya había entrado en la noche de los suburbios y el paisaje iba perdiendo luces para ganar un negro mate de cielos nubosos. Junto a la vía, unos niños gritaron, saludando con un pañuelo. Jugaban a las despedidas. Arboles sin hojas. Un perro ladrando. Las últimas casas. Las luces de la ciudad eran, en la lejanía, como estrellas. A veces se confundían con las verdaderas estrellas de la noche, ya sólo un puñado de puntos brillantes que los nubarrones se empeñaban en borrar de la gran pizarra del cielo. Una de esas luces sería acaso la de su pensión. La hora de la cena. ¿Qué tontería iba pensando? Claro que cenarían todos. ¿O es que habría de suspenderse la vida porque una muchacha provinciana enfermase? Una mujer daría a luz a medianoche y el sereno volvería a llamar a la comadrona del segundo. La tos de los enfermos de la clínica seguiría agarrándose a las flores del papel estampado de las paredes. Las chicas de la sastrería dirían ahora adiós a sus novios, bajo las acacias de un parque. Quizá un novio besase a su pareja. Las cosas ocurren así. Alguien se cree el eje del mundo y de pronto descubre que sólo es una pobre

criatura necesitada y solitaria, perdida detrás de un golpe de tos, sólo esa pobre criatura que escucha el silbido de una locomotora en marcha.

Tendría que olvidar muchas cosas. Por ejemplo, el recuerdo de Carlos; sobre todo, el recuerdo de Félix. Le iba a costar trabajo. ¿Qué sería, en cambio, para Carlos, para Félix, dentro de unos días. la memoria de una chica provinciana, compañera de clases y de pensión durante un par de cursos, empujada ahora a la orilla de una larga enfermedad, al otro lado de un buen puñado de kilómetros?

Se limpió unas lágrimas—ella, que siempre había encontrado cursi el llanto—y cuando quiso decir adiós por última vez a la ciudad, ya sólo encontró, entre los palos del teléfono, una noche de campos abiertos, desnudos, negros, bajo el rocío de una lluvia estúpida que le salpicaba la manga de la rebeca. Subió el cristal de la ventanilla, donde aparecieron en seguida unos pequeños granos de agua. En el departamento contiguo unos soldados tarareaban la última canción de moda.

A. S.